

TERRY EAGLETON CULTURA

«Si Terry Eagleton no existiera habría que inventarlo.»
Simon Critchley



taurus



TERRY EAGLETON

CULTURA

Traducción de Belén Urrutia

TAURUS

PENSAMIENTO

SÍGUENOS EN
megustaleer



@Ebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Para Tony Adami.

PREFACIO

El concepto de cultura es multifacético, por lo que resulta difícil elaborar una teoría completamente unificada sobre él. Así que este libro sacrifica una hipotética unidad estricta en su argumentación a fin de abordar su tema desde distintas perspectivas. Comenzaré examinando los sentidos del término «cultura», para explorar a continuación algunas diferencias clave entre la idea de cultura y la noción de civilización. Después abordaré la doctrina posmoderna del culturalismo, según la cual la cultura es esencial en la existencia humana, y al hilo de este examen someteré los conceptos de diversidad, pluralidad, hibridez e inclusividad a algunas críticas que no están de moda actualmente. También discutiré los principios del relativismo cultural.

La cultura puede verse como una suerte de inconsciente social, y con esta idea en mente examinaré la obra de dos de sus principales exponentes: el filósofo político Edmund Burke, un autor cuyos textos son ampliamente conocidos, pero al que no se suele asociar con la noción de cultura; y el filósofo alemán Johann Gottfried Herder, cuyo pensamiento, extraordinariamente original, sobre cuestiones culturales no está tan en boga como debería. Asimismo comentaré algunos aspectos relacionados con la cultura como inconsciente social en la obra de T. S. Eliot y Raymond Williams, dos pensadores para los que la cultura es un concepto sumamente vital, pero desde perspectivas políticas diametralmente opuestas.

En un capítulo sobre Oscar Wilde rendiré homenaje a este crítico cultural, uno de los más audaces y gratos, al tiem-

po que recapitulo algunas de las versiones de la cultura examinadas hasta el momento. Entonces consideraré la cuestión de por qué la idea de cultura ha ocupado un lugar tan preponderante en una Edad Moderna a la que con frecuencia se tacha de filisteo, y propondré una serie de razones. Entre ellas, destacan la idea de cultura como crítica estética o utópica del capitalismo industrial; el auge del nacionalismo revolucionario, el multiculturalismo y la política identitaria; la búsqueda de un sustituto de la religión, y la aparición de la llamada industria cultural. Asimismo, examinaré críticamente la doctrina del culturalismo, según la cual la cultura impregna toda la existencia humana, así como la cuestión del relativismo cultural. La conclusión presenta una serie de razones en el sentido de que la cultura no es tan fundamental para las sociedades modernas como piensan algunos de sus apologistas.

Los lectores perspicaces observarán que un motivo irlandés recorre el libro, desde Swift, Burke y Wilde hasta la política anticolonialista irlandesa.

T. E.

1

CULTURA Y CIVILIZACIÓN

«Cultura» es una palabra excepcionalmente compleja — la segunda o la tercera más compleja de la lengua inglesa, según se ha afirmado^[1]—, pero hay cuatro grandes significados que destacan en especial. Puede designar 1) un corpus de obras intelectuales y artísticas; 2) un proceso de desarrollo espiritual e intelectual; 3) los valores, costumbres, creencias y prácticas simbólicas en virtud de los cuales viven hombres y mujeres, o 4) una forma de vida en su conjunto. «Cultura lapona» puede significar la poesía, la música y la danza de los lapones, o puede incluir su comida, los deportes que practican y su religión; o puede ampliarse aún más de forma que cubra a la sociedad lapona como un todo, abarcando su red de transportes, su sistema de votación y sus métodos de eliminación de residuos. En todos estos casos, lo que puede ser típico de la cultura lapona quizá no sea privativo de esta. Por ejemplo, los lapones comen carne de reno, pero también lo hacen otros pueblos. Están obligados por ley a llevar neumáticos para la nieve en invierno, pero esto también ocurre en otras regiones septentrionales. Sin embargo, en Laponia podemos visitar a Santa Claus en su hogar, en el círculo polar ártico, durante todo el año, algo que probablemente no sea posible en ningún otro lugar del planeta.

La cultura en el sentido artístico e intelectual del término puede muy bien entrañar innovación, mientras que la cultura como forma de vida generalmente es una cuestión de hábito. Se puede componer un nuevo concierto o publicar

un nuevo periódico, pero cuando se trata de la cultura en el sentido más amplio del término, la idea de un nuevo evento cultural suena un tanto contradictoria, aunque por supuesto tales cosas se dan. En este aspecto, la cultura es lo que hemos hecho antes —incluso lo que, quizá, nuestros antepasados hicieron millones de veces—. Para que nuestro comportamiento sea válido es posible que deba ajustarse al suyo. La cultura entendida como arte puede ser de vanguardia, mientras que la cultura como forma de vida es sobre todo una cuestión de costumbre. Como la cultura artística con frecuencia es minoritaria —pues incluye obras a las que no resulta fácil acceder—, es diferente en este sentido de la cultura como proceso de desarrollo, que se podría considerar más igualitaria. Si los que ahora carecen de cultura pueden cultivarse más adelante, es posible que cualquiera sea capaz de acumular capital cultural, con tal de que se lo proponga. Podemos atender nuestro desarrollo espiritual durante años, lo mismo que la agricultura implica atender un crecimiento natural durante un periodo de tiempo. En este sentido, la cultura no es algo que se adquiere de una vez, como una mascota o la gripe.

En términos generales, los tres primeros significados parecen más útiles que el cuarto (la cultura como una forma de vida en su conjunto), que corre el peligro de abarcar demasiado. Raymond Williams señala que «la dificultad de la idea de cultura es que constantemente nos vemos obligados a ampliarla, hasta que casi llega a identificarse con la totalidad de nuestra vida colectiva»[2]. Exactamente por qué nos vemos «obligados» a ampliarla no está claro, pero Williams tal vez está en lo cierto al ver algunas tendencias inflacionistas incorporadas en el término «cultura». En cualquier caso, no parece que le preocupen tanto como deberían. Si el sentido estético de la palabra puede que sea demasiado estrecho, el antropológico quizá sea demasiado amorfo. Aun así, el significado más amplio es de utilidad. El propio Williams ilustra la diferencia entre la cultura como arte y la cultura como forma de vida, señalando que la cultura de la clase obrera británica no se refiere a la pintura y

la poesía, sino más bien a instituciones políticas: los sindicatos, el movimiento cooperativo, el Partido Laborista, etcétera. Para el filósofo alemán Johann Gottfried Herder, cuya obra examinaré más adelante, la cultura comprende la industria, el comercio y la tecnología tanto como los valores y los sentimientos.

En sus *Notas para la definición de la cultura*, T. S. Eliot considera que la cultura comprende «todos los intereses y actividades característicos de un pueblo» y enumera una serie de ejemplos ingleses estereotipados: el Derby, la regata de Henley, el tablero de dardos, el queso Wensleydale, las iglesias góticas, la col hervida, la remolacha en vinagre, la música de Elgar, así sucesivamente[3]. Comentando sobre esta caprichosa selección de tesoros nacionales, Raymond Williams señala que lejos de representar las actividades típicas de la gente, el inventario de Eliot en realidad se reduce a «deportes, comida y un poco de arte», lo que sugiere una noción más antigua, más exclusiva, de cultura. ¿Acaso no estarían entre las actividades características de los ingleses, pregunta Williams, la siderurgia, la bolsa, la agricultura mixta y el London Transport?[4] En otras palabras, Eliot pretende describir la cultura como una forma de vida en su conjunto (definición 4, antes mencionada), pero de hecho se limita a costumbres y prácticas simbólicas (definición 3). Esto plantea un problema inmediato: ¿incluye la cultura de un pueblo su modo material, práctico, de existencia, o habría que limitarla a la esfera simbólica?

Quizá no sea demasiado pedante establecer aquí una distinción entre cultura lapona y civilización lapona. La cocina, la pintura y las actitudes hacia la sexualidad en Laponia pertenecerían a la primera, mientras que los sistemas de transporte y de calefacción corresponderían a la segunda. En principio, «cultura» y «civilización» significaban prácticamente lo mismo, pero en la era moderna, como veremos, no solo se han diferenciado, sino que, en general, se las considera opuestas. En los anales de la historia moderna a los alemanes se les suele considerar representantes de la cultura, mientras que los franceses se llevan la palma como

portadores de la civilización. Los alemanes tienen a Goethe, a Kant y a Mendelssohn, mientras que los franceses tienen el perfume, la alta cocina y el Châteauneuf-du-Pape. Los alemanes son espirituales, mientras que los franceses son sofisticados. Es una elección entre Wagner y Dior. De acuerdo con los estereotipos, los primeros son demasiado elevados y los segundos demasiado realistas.

En términos generales, los buzones forman parte de la civilización, pero el color en que están pintados (verde en la República de Irlanda, por ejemplo) es una cuestión cultural. En las sociedades modernas hacen falta semáforos, pero el rojo no tiene que significar obligatoriamente «Stop» y el verde «Pasar». Durante la Revolución Cultural en Pekín se pidió que fuera al contrario. La cultura se refiere menos a lo que hacemos que a cómo lo hacemos. Puede denotar un conjunto de estilos, técnicas y procedimientos establecidos. Hay diferentes formas de organizar una planta de automóviles, y por eso podemos comparar la cultura Renault con la cultura Volkswagen. Todos tenemos parientes, pero si la tradición prescribe que en nuestro trato con algunos de ellos debemos bromear, es una cuestión cultural. «Cultura policial» no se refiere tanto a las porras y las balas de goma en sí como a la predisposición de algunas fuerzas de policía a utilizarlas a la menor provocación. Abarca las formas en que la policía piensa y actúa de manera habitual — cómo se comporta con los violadores, si los oficiales de rango inferior saludan a los de rango superior, etcétera—. La cultura australiana, probablemente, no incluye el hecho de que hay varios puntos de alquiler de coches en Alice Springs, pero sí las barbacoas, el fútbol australiano y pasar bastante tiempo en la playa. La cultura británica comprende desde la ironía y el eufemismo hasta ponerse narices rojas de plástico a la menor oportunidad.

Hay veces en que el término «cultura» puede parecer superfluo. Afirmar que en el fútbol impera la cultura de amañar partidos no es más que afirmar que en el fútbol se amañan muchos partidos. No obstante, llamarlo cultura implica que es una práctica habitual y arraigada, que quizá se da

por supuesta y que está gobernada por ciertos procedimientos establecidos. De esta manera, cultura da la impresión de ser una categoría puramente descriptiva, pero esto puede ser engañoso. Considerar distintiva nuestra forma de vida, por ejemplo, en general da a entender en qué sentido es diferente de la de otras personas y acaso un cierto recelo hacia ellas. La mayoría de las formas de identidad colectiva se basan en la exclusión de los demás, a veces necesariamente. Un tragasables profesional no puede pertenecer a un sindicato de sanidad. A veces las exclusiones son menos inocentes. No habría necesidad de que los unionistas de Irlanda del Norte llevaran la enseña de san Jorge si no hubiera hordas de nacionalistas católicos atrincheradas al otro lado de la calle. Por tanto, la idea de cultura, aparentemente inocua, puede contener semillas de discordia desde el principio. Además, lo que desde un punto de vista puede parecer una descripción puramente factual —«la cultura de la burguesía hacendada», pongamos por caso— acaso no lo sea desde otro (esto es, el de quienes aran sus campos).

La noción de cultura como forma de vida en su conjunto probablemente funciona mejor en las sociedades tribales o premodernas que en las modernas. De hecho, el estudio de los pueblos premodernos es una de las fuentes de las que procede. Esto no sucede porque sean sociedades integradas orgánicas. No hay sociedades «integradas», en el sentido de sociedades eximidas de conflictos y contradicciones. Más bien ocurre porque en las condiciones premodernas puede resultar más difícil trazar una línea clara entre las prácticas simbólicas, de un lado, y las actividades sociales o económicas, de otro. Incluir el trabajo y la política bajo el rubro de cultura cuando nos referimos a los dinka probablemente tiene más sentido que si estamos hablando de los daneses. En los tiempos premodernos es probable que lo práctico y lo simbólico estén vinculados de manera más estrecha que en la época moderna. Los pueblos tribales, por ejemplo, no suelen pensar que el trabajo y el comercio constituyen un ámbito autónomo denominado economía,

completamente separado de las creencias espirituales y los deberes tradicionales. En el mundo moderno, por el contrario, la economía ya no presta mucha atención a los derechos y costumbres seculares. Nuestro jefe ha dejado de sentirse moralmente obligado a mostrar un interés paternalista por nuestro bienestar, o al menos a esforzarse por aparentarlo. Ahora simplemente trabajamos para vivir o para obtener un beneficio, no (además) para rendir homenaje al Todopoderoso, cumplir nuestras obligaciones tradicionales con nuestro señor feudal o con el papel que tenemos asignado en el sistema de parentesco de la tribu. Los hechos sociales empiezan a distanciarse de los valores culturales, un proceso que implica nuevas formas de libertad, así como nuevas formas de adversidad. Entre otras cosas, ahora podemos vender nuestro trabajo al mejor postor en vez de estar atados de pies y manos a un solo señor. El poder ya no se puede revestir con tanta facilidad de autoridad espiritual. Es menos probable que nos sintamos constreñidos por la fuerza sutilmente coercitiva de la tradición, y quizá nos hayamos librado de la tediosa necesidad de charlar con nuestro sobrino cada vez que le vemos.

Consideremos la diferencia entre un campesino del siglo XIX y un trabajador industrial moderno. En la pequeña granja familiar tradicional, el trabajo y la vida doméstica están más estrechamente interrelacionados que en una ciudad fabril, donde la industria es una cosa y lo doméstico otra. Los campesinos tienen hijos por razones muy parecidas a las de todos los demás, pero también porque, cuando crezcan, trabajarán la tierra, se ocuparán de ellos en la vejez y al final heredarán unas pocas hectáreas de tierra. Además de ser adorables, los niños representan fuerza de trabajo, un sistema de bienestar y la garantía de supervivencia de la granja. Sin embargo, en la civilización moderna resulta difícil saber para qué son los niños. No trabajan, por ejemplo, y algunos no son especialmente decorativos. Son caros de mantener y no siempre racionales. Su cuidado cuando son bebés es una de las formas de trabajo más arduas que conoce la humanidad. Dado todo esto, es sor-

prendente que la especie humana se reproduzca. Pero la utilidad de los niños es innegable entre los campesinos y granjeros arrendatarios.

Con quién se casa una persona en esas condiciones también puede depender en parte de factores económicos, lo que significa que hay una distinción menos nítida entre sexualidad y propiedad en el ámbito rural que en las pequeñas ciudades de Ohio. La sexualidad puede estar menos relacionada con música suave y cenas a la luz de una vela que con dotes y casamenteras. De hecho, un sector considerable de la población probablemente se considerará afortunado si cena, con velas o sin ellas. Si esta interrelación entre lo sexual y lo económico marca los órdenes inferiores de la sociedad rural, también es un rasgo de la aristocracia y de la burguesía hacendada. Los matrimonios entre las clases altas, pongamos por caso, pueden implicar la consolidación de dos grandes haciendas, como la unión de Tom Jones y Sophia Western al final de la novela de Henry Fielding *Tom Jones*, o establecer una alianza mutuamente beneficiosa entre el capital industrial y el hacendado.

Así pues, hay circunstancias en las que puede ser conveniente ampliar el sentido de la palabra «cultura» a la existencia social en su conjunto, siempre que se haga sin nostalgia. No debe interpretarse, por ejemplo, que la vida cotidiana en la Inglaterra preindustrial era cualitativamente mejor que en el Chicago moderno. Por el contrario, en muchos aspectos era mucho peor. Tampoco ha de entenderse que idealiza las sociedades tribales. Sin embargo, en términos puramente descriptivos, es probable que «cultura tuareg» incluya ciertas actividades sociales cotidianas forzando menos el término que si decimos «cultura texana». Es difícil imaginar que los campos petrolíferos o guardar un kalashnikov bajo la cama pertenezcan al ámbito cultural. Pero aquí también hay otra cuestión en juego. Buena parte de lo que ocurre en las sociedades industrializadas se considera no-cultural en referencia a que no es visiblemente valioso. Las minas de carbón y las fábricas textiles pertenecen al ámbito de la necesidad material, no de la libertad espiri-

tual. Son no-culturales en un sentido normativo, además de descriptivo, lo que significa que la calidad de vida que implican deja mucho que desear. No cabe duda de que esto es aplicable, incluso de forma más evidente, a la mayoría de las formas preindustriales de trabajo. No obstante, lo que surge con la Revolución Industrial es una apasionada revuelta contra la civilización como tal, que ahora parece espiritualmente arruinada en su conjunto. Esta es, en todo caso, la opinión de observadores tan hostiles como Friedrich Schiller, John Ruskin y William Morris. Así lo cree también D. H. Lawrence, según el cual la Inglaterra industrial es «la absoluta negación de la belleza natural, la absoluta negación de la alegría de la vida, la absoluta ausencia de ese instinto estético que poseen todas las aves y animales»[5]. La civilización es ahora algo objetivo, mientras que la cultura es una cuestión de valor. En este sentido del término parece que la cultura pertenece irrevocablemente al pasado. Es el paraíso que hemos perdido, el feliz jardín del que hemos sido expulsados sin miramientos, la sociedad orgánica que en cada momento acababa de desaparecer del horizonte histórico.

Por tanto, es la civilización industrial lo que contribuye a generar la idea de cultura. La palabra «cultura» empezó a utilizarse de forma generalizada en el siglo XIX. Cuanto más mecánica y empobrecida parece la experiencia cotidiana, más se promueve un ideal de cultura por contraste. Cuanto más burdamente materialista se vuelve la civilización, más exaltada y sublime parece la cultura. Los ciudadanos de clase media de Berlín y Viena empezaron a soñar con la sociedad orgánica sin tacha de la antigua Grecia. Cultura y civilización parecían estar ahora enfrentadas. La primera es un concepto romántico, mientras que la segunda pertenece al lenguaje de la Ilustración.

No obstante, civilización no es la única antítesis de cultura. También hay una polaridad entre cultura y barbarie. De hecho, para algunos pensadores estos dos contrastes vienen a ser más o menos lo mismo. ¿Significa esto que gran parte de lo que tomamos por existencia civilizada es esen-

cialmente bárbaro? Desde luego, hay quienes así lo han creído. Si las artes, junto con los valores morales y las verdades espirituales, representan lo que es mejor en el ser humano, entonces, según esta concepción, gran parte de nuestra existencia no es realmente humana. No obstante, mientras que, en esta acepción del término, la cultura representa un rechazo a la vida cotidiana, la cultura entendida como práctica simbólica está ligada a cada aspecto de ella. No se puede gestionar una granja porcina o un campamento militar sin cultura —no en el sentido de escuchar a Mahler en las pocilgas o distribuir ejemplares de Diderot entre los soldados, sino en el de operar con valores y significados—. La cultura se puede ver como un sector específico de la civilización, desde las bandas de música y las guarderías infantiles hasta los desfiles de moda y las basílicas; pero también significa la dimensión simbólica de la sociedad en su conjunto, que la impregna de un extremo a otro y está tan omnipresente como el Todopoderoso. Toda actividad distintivamente humana conlleva signos y valores. En cualquier caso, el arte puede encontrarse enfrentado a las instituciones sociales, es una institución social en sí mismo y solo sobrevive con la ayuda de otras estructuras. Si queremos novelas, necesitaremos fábricas de papel e imprentas. La civilización es la precondition de la cultura. En *Sobre la constitución de la Iglesia y del Estado* Samuel Taylor Coleridge considera que el bienestar moral es el más fundamental de los dos, pero lo cierto es que la cultura es una criatura de esa misma civilización a la que trata de prestar una base espiritual.

Podría parecer que la cultura se refiere a valores y la civilización a hechos objetivos, pero ambos términos pueden utilizarse de forma normativa y descriptiva. La palabra «integrada» en «una forma de vida integrada» puede significar (descriptivamente) «completa», pero también (normativamente) «unificada», «sin deficiencia». Cuando el antropólogo del siglo XIX Edward Burnett Tylor define tanto cultura como civilización de esta manera: «esa totalidad compleja que comprende el conocimiento, las creencias, el arte, la